

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7741.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsales en Paris para anuncios y reclamos, Mr. A. LOBERT, rue Caumartin, 41.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de y anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de oblitación legal.—No se devuelven los originales.
Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.
REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.
Anuncios á precios convencionales.

SÁBADO 3 DE SETIEMBRE DE 1887.

La REDACCION y ADMINISTRACION de este periódico, se ha trasladado á la calle de Medieras número 4.

La lotería de D. Luis Martinez, se ha trasladado á la calle Mayor, frente al Casino.

ECOS DE MADRID.

2 de Setiembre de 1887.

La noticia teatral de la semana es la silba de *La Gran vía*.

Napoleón tuvo su Santa Elena y la popular humorada de Felipe Pérez, Chueca y Valverde, ha tenido una señorita Tejada que no se presentó oportunamente la otra noche á desempeñar *La Moza del Cura*.

Se la buscó por todas partes y no pareció la moza, el cura estaba inconsolable, el público impaciente y Ducazcal maldiciendo su suerte, con razón quizás, por primera vez en su vida.

Para resolver el conflicto se ocurrió sustituir la obra del incógnito presbítero con *La Gran vía*.

Apenas se enteró el público del cambio, protestó con toda la fuerza de sus pulmones y de sus piés y de sus palos. La tempestad se desencadenó con tal furia, que muchas señoras abandonaron el teatro, temerosas de que esto se viniera abajo en el material sentido de la palabra.

Cada compás de la música, cada frase, eran acogida con un ciclón de voces, silbidos, groserías y bastonazos.

Felipe, (no el del juguete, sino el de verdad) salió á escena con objeto de calmar los ánimos, y en efecto, también le silbaron.

Pero como en todos los momentos supremos aparece siempre la solución personificada con alguien, hasta entonces desconocido, se presentó á Ducazcal en figura de Carmen Latorre, una corista que ha logrado el rango de primera tiple de un salto y en un momento.

La Srta. Tejada fué sustituida con éxito.

La ex-corista hizo una moza que á nadie le pareció improvisada y.... *post imbeli fabus*.

Lo diré en latín para desesperación de los silbantes y regocijo del presbítero autor de *La Maza*.

¿Y por qué no quiso trabajar la señorita Tejada?

Pues eso que se le preguntan al director de escena, Sr. Mariné.

Lo que de público se sabe, es que la jóven artista alegó al ser detenida por la autoridad á instancia de la empresa, que se encontraba indispueta.

Y que muchas de las señoras del coro, al saber la noticia, salieron del teatro cantando aquello de *Los Infernos de Madrid*.

*Ay! Ay! Ay!
que me he torcido un pié!*

El público no gana para chascos. Hace pocas noches también se encontró con que la función anunciada en el Teatro Martín, se había suspendido.

Pero no por enfermedad de ningún artista, sino por indisposición de la empresa.

Como el calor, después de unos días de relativo descenso, han vuelto á subir los crímenes aumentando también.

La presente semana registra varias muertes, no pocas riñas, robos, timos y más de cien faltas.

En cambio hacen ya sus nuevos uniformes los individuos del cuerpo de seguridad. Por cierto que están en carácter.

Parecen dependientes de la *Funeraria*.

Diálogo de actualidad:

—Ya está V. de vuelta, doña Brigida!

—Calle V. D. Francisco, lo que yo he pasado en estos quince días no es para dicho.

—¿Pero ha ocurrido alguna desgracia en el viaje?

—¡Dichoso viaje!

—¿No se ha divertido V.?

—Una y no más, Santo Tomás... Ni á cien tirones me vuelven á sacar de Madrid... No hay nada como estarse una quietecita en su casa.

—Y en resumen ¿qué es lo que le ha sucedido á V.?

—Es muy largo de contar. El día que salí de la corte, por llegar pronto á la estación, tomé un simón, le dije que apretara el paso, atropelló á una pobre anciana, y á poco me llevan á la cárcel en vez de llevarme al ferro-carril del Norte. Después de mil sofocados causa del equipaje, de una moneda de cinco duros que me salió falsa y de las llaves de los baules que no parecían por ninguna parte, llegué al andén.

—¿Al fin descansarías V. de tanta fatiga?

—Si descansar llama V. á ir empaquetada como un fardo, con una maleta delante de las rodillas que no me dejaba estirar las piernas, una sombrerera encima de la falda, que me sofocaba, impidiéndome todo movimiento, y un revolver de un teniente coronel sobre mi cabeza, iba descansada, como esas victimas de que hablan las historias de la In-

quisición ¡Ay! Razón tenía mi perrita de aguas que cuatro veces quiso salirse del coche y tomar el camino de casa, produciendo el consiguiente desorden... ¡Pobre Tutila! La tapé con mucho cuidado para que no me separaran de ella, y, merced á tan cariñosos esfuerzos, conseguí que nos separásemos para toda una eternidad. Antes de llegar al Escorial, la infeliz se asfixió bajo mis faldas...

—¿Y en el camino hubo algún incidente?

—Tres ó cuatro veces me bajé del tren y estuve á pique de quedarme en tierra, y pulele V. cual sería mi situación al verme tantas y tantas horas entre una familia que se pasaba el tiempo comiendo sardinas, y un ama de cría con un angelito en el más completo estado de descomposición. Llegué al término de mi jornada, se me extravió el talón del equipaje y me instalé en una fonda, sin más bultos que dos enormes chichones que me hice al bajar del ómnibus.

—¿Y allí?

—He tenido más calor que en Madrid... he gastado un dínaral, y al regresar á mi casa, llena de disgustos, de amarguras y de sobresaltos, me encuentro, que durante mi ausencia, me han robado cuanto tenía.

Entonces ha sido un viaje redondo...

Si, señor, un viaje de regreso... á los infiernos.

Los que no pueden salir de Madrid, han creado una residencia nocturna de verano, al final del barrio de Salamanca, bautizándole con el nombre más de su agrado, en las calurosas circunstancias presentes. Se llama *Diarritz* y es una esplanada donde hay algún merendero que otro y no escaseando los vinos, licores y otras bebidas más ó menos refrescantes.

Como se trata de un sitio, alto no falta aire, ni ventilación, ni concurrencia, ni músicas ambulantes, ni las correspondientes tertulias.

—Buen punto para establecer una playa modesta y económica, exclamaba anoche un padre de familia muy emprendedor.

Si pudiéramos transportar convenientemente envasados agua del Cantábrico, añadió un proyectista de oficio.

Después de todo, repuso un tercero, no hay que apurarse. No ven ustedes á los léjos esas ocurrencias frecuentadas por parejas (y no de la Guardia civil) sin necesidad de apelar mucho á la imaginación, bien puede uno figurarse que eso es... *la mar*.

Los baños continúan á la orden del día.

Y la verdad es que en Madrid los hay para todos los gustos.

Los hombres de reconocido atrejo se bañan en el *Niagara*.

Los que tienen aficiones orientales en los *Árabes*.

Los que están cansados de la vida en los *Cipriotas*.

Los monárquicos en *Regiamar*.

Los matrimonios pacíficos en el *Arco Iris*.

Los poetas líricos en la calle de *Jardines*.

Las mujeres de suerte en la calle de *la Estrella*.

Y los beatos en *San Felipe de Neri*.
JOSÉ DEL CASTILLO Y SOBRIANO.

UNA CARTA DE ANTONIO VICO.

El Siglo de Montevideo publica la siguiente carta en que el insigne actor, explica el porqué no gusta visitar aquellos remotos países:

Madrid Mayo de 1887.—Muy señor mío: Es en mi poder su carta de fecha 18 del próximo pasado ofreciéndome su Teatro para la temporada venidera, lo que si le agradezco en el alma, me es de todo imposible aceptar.

Un natural retraimiento y repugnancia ha imperado siempre en mí cuando se me ha hablado para ir á América en busca de fortuna... Mi natural instinto rechaza siempre esas ideas, y si bien conozco y comprendo que todos los artistas debieran aventurarse, en pró de su nombre y su bienestar á esos grandes y molestos viajes, como no ha sentido jamás el aguijón ni la sed de lucro, me he limitado á mi país, donde cubro con demasiada las exigencias de mi nombre y de mi familia, y aquí moriré como vivo, entre los míos; admirando cada día más á los que se aventuran por esos mundos de aguas y esos ciclones endemoniados en busca de talagas y deslumbradores resultados.

Dejar yo cuatro hijos de 19, 17, 15 y 14 años... una esposa jóven y hermosa... una casa creada con el producto de veinticinco años de trabajo... un público que me idolatra... unas aficiones tan caras, tan añejas é inveteradas en mí, para realizar unos cuantos miles de duros, sería tanto como dejar lo cierto por lo dudoso.

Se hacen esos largos viajes en la edad viril, cuando el corazón late con vehemencia, cuando uno empieza la vida, y busca la ventura... pero si ésta está ya reconcentrada en mi familia, ella y mi trabajo y mi nombre constituye mi dicha y única aspiración ¿á qué menospreciar y correr en pos de un ideal que nunca, y hoy menos que nunca, he perseguido?

Le hablo á V. con el corazón, que siempre ha dominado mi cabeza. ¿Qué quiere V.? Cada uno es como Dios le hace. Yo siempre he sido así.

Señor: disponga V. de mi afecto, de mi amistad, para todo cuanto de este país solicite y yo pueda favorecerle. Pero olvide al artista y compadezca sus pocos alientos.

Su reconocido y a. s.—A. Vico.